

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

## FE POLÍTICA.

II.

Las mismas revoluciones, cuando digámoslo así se estrenan, se obran con cierta fe terrible de mejora, fe que si ha de medirse por las víctimas que ha hecho inmolar, reconoce muy pocas mas intensas en el orden humano. Engañárase el que en las revoluciones verdaderas quisiera explicarlo todo por motivos de corrupcion, de egoismo ó de venganza; mucho habrá de ello, en los gefes especialmente; pero la corrupcion enerva, el egoismo acobarda ó trata de conservar lo conquistado, la venganza no se ensaña sino contra personas ó clases determinadas; mas ¿cómo explicar el vigor salvaje, el desprendimiento, abnegacion y hasta heroismo, el espíritu de ferocidad y de destruccion ilimitada que caracteriza á las masas revolucionarias, y que presta á la revolucion francesa esta grandiosidad que, aun abominándola, admiramos? Y es que cuanto se hace con fe si bien estrañada tiene algo de grande y sobrehumano, aunque sea la destruccion; por esto son tan terribles las escenas que ofrece el fanatismo, y las del egoismo tan miserables. El fanatismo revolucionario, al par que el incrédulo, aniquilaba entonces los entendimientos y ahogaba los corazones con nunca vista tiranía, y los arrastraba al suplicio en nombre del mismo ídolo que se habian forjado. De la misma suerte que los pueblos que no creen en los sacer-

dotes consultan á los hechiceros, siguen á sus tribunos cuando desconfian de sus monarcas.

Aun en nuestra España donde mas viva se mantuvo la fe monárquica, y donde la revolucion, lejos de haber nacido espontáneamente, fué impuesta por sorpresa, no carecieron de cierta fe en sus primeros ensayos algunos de los que la proclamaron. Muchos de los *pensadores* de Cádiz en 1812 creyeron haber hallado en su código la inmortal panacea contra todos los males de la nacion, y alguno hay á quien tan repetidos escarmientos no han desengañado todavía. Tantas tentativas desgraciadas para restaurarlo, que convirtieron en *mártires* á sus autores, muestran que esta fe no estaba muerta todavía en 1820: y los que recuerdan con irónica sonrisa las sociedades patrióticas, el furor de himnos y divisas, los retos á la Europa entera; y demás exageraciones democráticas que estuvieron de moda en aquella época, se olvidan de que si tenian entonces toda la locura de la juventud, tienen ahora todo el cálculo y frialdad de la madurez. Al ver á alguno de aquellos veteranos que se entusiasma y palpita todavía con los nombres de los antiguos ídolos, que muchos aun invocan pero en quienes nadie apenas cree, no podemos decir si le compadece-mos ó le envidiamos; pero ciertamente nos parece mas apreciable que tantos especuladores revoltosos y conservadores interesados, cuyas doctrinas se rigen por el barómetro de su fortuna.

Pero la fe en las revoluciones pasa muy pronto; los seducidos se espantan de su propia obra, los gananciosos intentan ahogarlas para salvar lo adquirido, los descontentos sienten más su malestar y se despierta su codicia á vista del botín de sus compañeros. Así como la incredulidad degenera en escepticismo, así el egoísmo reemplaza muy pronto las pasiones revolucionarias. Entonces continúa la revolución, pero ya no con pretexto del bien común, sino en pro de ambiciones particulares, lucha que no por más mezquina es más desastrosa. He aquí lo que entre nosotros sucede. Nada al parecer ha faltado á nuestra revolución de lo que pudiera hacerla terrible y grandiosa en su mismo exceso: sangrienta y porfiada lucha en los campos, incendios y matanzas en las ciudades, desaparición de lo más antiguo y sagrado, trastorno de ideas, cambio de costumbres, estremecimiento del mismo trono; y apesar de estas escenas todas trascendentales, ¿cómo es que no nos inspira siquiera el respeto que se confunde con el espanto? cómo es que nunca se nos presenta sino como una miserable parodia, como una tragedia tremenda en sí y tal vez sublime, pero representada por cómicos de la legua? Es que ningún hombre puede ser grande si no le anima una convicción, ninguno que no coloque su engrandecimiento en alguna idea, ninguno que no sea levantado en hombros de un pueblo; y el nuestro no ha adoptado la revolución, no tiene fe en ella, así como los que mejor pudieran no tuvieron acaso la bastante para reprimirla.

Se habla de peligro, de salvación, como si nos asediaran enemigos invisibles, y embarga todos los espíritus un malestar indefinible y una agitación sorda presagio de mayores males. No es todo en efecto vocería de partido ó ilusión de espíritus sombríos; el peligro y el mal existen, pero no agudo sino crónico; no nos amenaza ya el frenético delirio del fanatismo revolucionario, sino la repugnante agonia producida por la gangrena. Hay dos especies de anarquía, y no definiremos cual sea más terrible; la una obra de pasiones desencadenadas, violenta como ellas; la otra obra

del egoísmo y degeneramiento social y de la extinción de toda noble creencia y sentimiento. En nuestros temores siempre tenemos vuelta la vista á la Francia de 1793, y nunca la fijamos en la Polonia de 1772; y sin embargo aquella volvió á la vida de su espantosa crisis, y esta se disolvió en el sepulcro.

Empeñan á muchos en la senda revolucionaria intereses más ó menos personales, más ó menos declarados, adquiridos ó por adquirir, siendo bastante cortos de vista para no ver sino el adelanto propio ó el detrimento individual que puede sobrevenirles, y no el gran peligro social que tarde ó temprano les envolverá por esta senda en la común ruina: tiéndense otros cansados en mitad del camino con estúpida indiferencia, sin fuerzas para pasar adelante ni para volver atrás: cuales se retiran desesperanzados y se atrincheran en la vida doméstica, huyendo de la tormenta que tal vez provocaron: cuales se guardan para mejores tiempos. Mas ora sean los intereses ó el cansancio, la timidez ó el desaliento los que produzcan inacción, condescendencia y tal vez complicidad con la revolución entre los hombres más desengañados, lo cierto es que estos sentimientos más ó menos honrosos y justificados indican un hecho mismo; la falta de fe, falta de fe en la revolución, y digámoslo también, falta de fe en la reparación. Por esto no es cumplido nuestro gozo á vista de los numerosos desertores de las filas revolucionarias; son soldados que se retiran á sus casas y no al campo opuesto, soldados que no recluta la buena causa sino la indiferencia y el egoísmo.

Comprendemos muy bien que á vista de la impotencia ó mala fe de los partidos, á vista de su inconsecuencia en los principios, de la violencia en sus actos, y de las faltas y excesos de todo género en que han incurrido, rehuse todo corazón recto y todo espíritu elevado partir con ellos la responsabilidad, y afiliarse bajo una bandera falsa ó errónea en su lema, ó manchada por los abusos; y no solo lo comprendemos, sino que no comprendemos lo contrario. Pero no es lo mismo en nuestro concepto tener fe en un principio que tenerla

en un partido; pues aunque cada partido proclame su principio, lo alteran de tal modo las cuestiones personales, que lo convierten en pasión en los momentos de efervescencia, y en los de sosiego y sangre fría no es para muchos sino una asociación de comercio, en que á pérdidas y ganancias comunes juegan su fortuna. Y así como en ningunas épocas ó lugares suele haber menos religión que aquellos en que coexisten multitud de religiones, así la convicción, así la fe política está ordinariamente en razón inversa del número de partidos que se jactan de tenerla. No en los partidos, sino sobre los partidos ha de colocarse nuestra fe; que no deja de existir la verdad por más que se vea controvertida y profanada, ni deja de hallarla todo el que quiera elevarse á una región superior para gozar de su luz, interceptada á los combatientes por la polvareda misma que levantan.

Para hallar empero la verdad y creer en ella es preciso separar las cosas de las personas, los principios de los abusos que vician su esencia; pues no existiendo ninguno libre de tacha en su uso y aplicación, y mucho menos en los actos de sus secuaces, perderíamos toda idea de bien, y nuestro corazón se cerraría no solo á toda esperanza, sino á toda creencia de mejora posible. La historia misma, que en todos los siglos y bajo cualesquiera instituciones no nos presenta sino calamidades y delitos, sería para nosotros fuente de universal escepticismo. En todos tiempos y lugares siempre hallareis en el hombre esa criatura degradada del Eden, ese compuesto de errores y pasiones que inficiona cuanto toca, y que conociendo su pequeñez, busca asirse á una verdad ó á un sentimiento noble, para hacerlo servir de instrumento y de escudo á sus corrompidos deseos. Para ahogarlos y prevenirlos no conocemos más que un código, y este es el Evangelio; para ordenarlos, supuesto que existen, en menor daño de la sociedad y reprimir los que la perjudiquen, hay muchos códigos, tantos como instituciones políticas. Si consideramos pues á estas como una segunda revelación, digámoslo así, como un segundo evangelio que haga á todos y á

cada uno de los hombres perfectos y felices' caducará con el desengaño nuestra fe en ellas, por lo mismo que es exagerada. Nosotros por el contrario creemos tanto menos en la parte variable y humana de la política cuanto más creemos en la eterna y sobrenatural; graduamos la bondad de las instituciones por su conformidad con la moralidad y la religión, y sin necesidad de internarnos en las teorías del poder y en las profundidades del derecho político, diríamos solo á nuestros regeneradores: «Nada comprendemos de vuestros bellos sistemas, pero habeis tendido á aflojar la una y á debilitar la otra; por esto solo ha sido errada vuestra marcha.»

En cuanto á las instituciones mismas, es tal la analogía que concede Dios á cada una con el pueblo ó con el siglo á que la ha destinado, suenan tan alto las lecciones de la experiencia, que sin duda, si pudiera abstraerse cada cual de sus intereses y pasiones, sería resuelto el problema en unánime sentido. Quitad estas y aquellos; y esas cuestiones políticas, que tan graves é interesantes se nos presentan, se vuelven más ridículas y vacías á nuestros ojos que las de los sofistas griegos ó de los escolásticos de la edad media. No es la existencia política de tanto influjo é importancia como se afecta creer respecto de la suerte de un pueblo; ni sus abstractas teorías tienen aplicación inmediata, ó éxito por lo menos, si se prescinde de la opinión y existencia social; y esta, no son las instituciones, sino el espíritu del siglo quien la crea. Ponga cada cual la mano sobre su pecho, y pregúntese si es tanta como aparenta la convicción que de sus ideas tiene, y si suena en sus adentros la voz de su conciencia tan fuerte y decisiva como su voz exterior en medio de la gritería de los partidos: y en caso afirmativo grite enhorabuena, que en toda disputa solo pediríamos á nuestros adversarios, ya que no fe verdadera, al menos buena fe, medio seguro de alcanzar la primera; pues el error no nos asustaría tanto, si fuera consigo mismo consecuente. La verdad nunca huye del que la busca con ánimo sincero; y si es innato en el hombre respetar al de buena fe aunque ene-

migo, y así lo proclaman los mismos partidos en el calor de su choque, teórica si no prácticamente, no es porque el error sea en sí respetable, sino porque la aurora de la verdad brilla ya en aquellas personas, porque son catecúmenos de la verdad.

Enero de 1844.

J. M. Q.

### LAS EMOCIONES.

OCTAVA CARTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 15 de marzo de 1870.

Mi querido amigo; ¿ha visto V. una piececita ó especie de sainete, titulado *las emociones*? Preséntase en ella á un pobre novio, que tiene que fingirse mudo. El suegro, habiendo oído que la locura y el mutismo se curan á veces por medio de *emociones fuertes*, se empeña en curar á su futuro yerno con ese *procedimiento*; de modo que el pobre muchacho no gana para sustos. Unas veces sale el suegro armado de un enorme violon, y cuando el chico está medio adormilado principia á tocarlo con furor; otras le pone un cepo de hierro en donde queda preso y cogido por un pié, y á este tenor hace con él otras mil heregías para proporcionarle *emociones fuertes*.

En Madrid la revolucion, que sino es suegro es *madrastra*, nos está proporcionando de una semana á esta parte mas emociones que proporcionaba el suegro consabido al fingido mudo.

Prescindiendo de las cortes que, si no dan pan cotidiano, dan un susto cada dia, hemos tenido en menos de una semana la broma de almacenar á las comendadoras de Calatrava, el desafío de Montpensier, la muerte *casual* de D. Enrique de Borbon, la exhibicion gratuita de los francmasones, la manifestacion contra las quintas, las pedradas á Prim y la pedrea contra el sentido comun. Todo esto despues del viaje á la fuerza del señor obispo de Osma, de la autorizacion para procesar al señor cardenal de Santiago, y de la descomunal batalla *librada* (con perdon de V. y del buen castellano) por los voluntarios de mi pueblo (Calatayud) contra los Micolembo de Quirocía, Brandabarbaran de Boliche, Pierres Papin, Timonel de Carcajona y demas héroes que dejó á medio vencer el héroe de la Mancha allá en sus buenos tiempos.

Vamos muy de priesa, amigo mio, y á este paso los 500 años necesarios para el buen éxito de los gobiernos parlamentarios, segun D. Juan Nicasio Gallego, van á pasar como un soplo. Así lo indica

tambien la última muletilla que se le ha ocurrido al Sr. Rivero, de achacar todos los desmanes que ocurren á la falta de hábitos revolucionarios; á la manera que en los barrios bajos, cuando se queja una cigarrera porque su marido le ha roto una costilla de resultas de una paliza, contesta el cariñoso amante—«¡Calla, muger, que ya te irás haciendo á ello!»

Pero volvamos á las emociones, advirtiéndole á V. ante todo que no era nada de lo que se dice.

Como el ayuntamiento de Madrid ofreció por los dias de la revolucion que iban á llover pesetas como el maná y que no habria mas que salir á recogerlas, todos estaban esperando aquella benéfica lluvia, y en especial los jornaleros y artesanos. Pero lejos de eso hay en Madrid unos 20000 hombres sin tener trabajo, y la mayor parte de ellos sin ganas de trabajar aunque se les proporcione trabajo, pues las *fatigas* de la milicia nacional y los descansados jornales que dá el ayuntamiento los han acostumbrado á la haraganería. Como este no puede construir se dedica á destruir, ocupacion tan fácil y sencilla que se le ocurre á cualquier salvaje. Demolidas varias parroquias y conventos, y entre ellos el monumental é histórico de Santo Domingo el Real, toca ahora el turno á las Calatravas. Encargóse la union liberal de salvar el monasterio, fueron multitud de católicos á firmar una esposicion con ese objeto, y apesar de varios *chulos* que se pusieron á impedir el que se firmara y á burlarse de los firmantes, en pocas horas se recogieron mas de 4000 firmas. Lo mismo hubieran importado al gobierno cuatro millones de ellas, y autoridad hubo que lo manifestó así.

Lo que sucedió en el congreso lo sabe V. ya. La union liberal transigió con que se conservara la iglesia, el gobierno lo ofreció aunque no piensa cumplirlo, y los feroces *cimbrios* enseñaron los puños al gobierno por esa oferta.

Las monjas salieron del convento, los hombres de bien han deplorado este nuevo atropello, y las autoridades civiles dicen que la lástima es no demoler todos los que quedan. Ya se vé; no todos pierden en esas demoliciones y en lo que á ellas sigue! los montones de escombros son montones de oro para algunos.

Ya veria V. el precioso documento escrito por el ex-infante D. Enrique, insultando al duque de Montpensier, á los jesuitas y al sentido comun. Dicen que la francmasonería se ha valido de él para deshacerse de Montpensier, y si era posible, de los dos. Aunque la francmasonería es muy capaz de eso, yo creo que la carta es tal que no necesitaba D. En-

rique que se la dictaran, pues es como todo lo suyo: ha muerto como ha vivido, y escribía como vivía.

Todos sabíamos que era francmasón y que contaba entre sus ascendientes al célebre *Dracon*, á quien algunos francmasones malignos cambiaban la primera letra, haciendo despues un anagrama de mal gusto. Por si acaso nos quedaba alguna duda acerca de ello, los francmasones recogieron su cadáver, y lo han espuesto al público con todas las alegorías, cintajos, chismes y cachivaches de la órden, en la cual le han dado el grado 33 despues de muerto, porque dudo mucho que se lo dieran en vida. La noticia de que los masones daban publicamente la guardia de honor á D. Enrique me hizo querer verlo por mis ojos, como se dice comunmente. ¡Quién desperdicia esa ocasion de ver francmasones, esa especie de entidades fantásticas en que no se quería creer, y que muchos católicos españoles ¡Dios se lo perdone! creían deber relegar á los paises donde viven el hipógrifo, el ave fénix y el basilisco.

Ahora ya, gracias á la libertad de cultos y á los legislables ilegislables, puede verse en público. Yo los he visto, con sus espadas imitadas á asadores y sus bandas, y haciendo sus ceremonias triangulares cuando pasaba algun gefe. ¡Qué venerables y cariacontecidos estaban! Por cierto que entre ellos ví con el gusto que V. puede figurarse, á un antiguo discípulo mio.

*¡Insere nunc, Melibæe, puros!*

Échate ahora, Melibeo, á insertar camuesos.

Despues de esto seria pálido todo cuanto á V. dijera sobre las emociones de estos últimos dias, y sobre la procesion de *sansculotes* que salió ayer tarde y apedreó al general Prim.

Por lo demás no vaya V. á creer eso que dicen que Montpensier mató á D. Enrique. Imposible, absolutamente imposible! Ahí tiene V. *la Correspondencia* que lo cuenta todo, y nada dice de semejante cosa. Los periódicos unionistas, modelos de honradez y veracidad, lo niegan; y *El Universal*, profundísimo en teología, dice que sí y que no. El juez de Carabanchel bajo la palabra de ocho caballeros oficiales de artillería, incapaces de faltar á la verdad, falla que se mató *sin querer* al ir á probar una pistola. Hoy dia no crea V. nada aunque lo vea.

Trabajo les mando á los académicos de la Historia para deslindar dentro de cien años como murió el infante D. Enrique. Santo Tomas apóstol se habia de ver apurado hoy para atrapar una verdad leyendo periódicos revolucionarios.

V. de la F.

## CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

### RECÍPROCA INFLUENCIA DE LA RELIGION Y LA LITERATURA.

Tomando pié de la buena acogida que habia obtenido su primera conferencia, el Sr. Aguiló sirviéndose tambien del patrio dialecto, dijo:

«He citado el hecho de vuestra complacencia para que practicamente quedarais convencidos de dos proposiciones que de ella se deducen. Es la primera que cuando la religion es el alma de la literatura ó de una composicion literaria, le da un sabor, un espiritualismo, un colorido que la hace mas agradable á las personas de corazon sensible, de recto juicio y de generosos sentimientos: y la otra que cuando una sociedad está animada por el sentimiento religioso, nunca prescinde de él ni aun cuando se entrega á diversiones lícitas y honestas. Tal vez me referiré á esta mas adelante; pero podemos observar de paso que no es verdad lo que pretenden ciertos filosofos, si es lícito darles tal nombre, los cuales abusando de la credulidad de los ignorantes les dicen que la religion ha de estar encerrada en los templos. Encerrada y bajo llave la quisieran ellos, y que la llave se perdiera y no se encontrase cerragero para abrir; pero el hombre que no está embrutecido por ignobles y groseras pasiones, que tiene su racionalidad desarrollada, y que se cree compuesto de algo mas que de carne y huesos, quiere la religion por todas partes porque por todas partes está Dios presente, ¡a quiere, la busca, y la encuentra en los templos y en su casa, en las calles y en los desiertos, la busca en sus alegrías y en sus tristezas, la buscaba en los regocijos populares, y la encuentra todavía alguna vez en sus placeres intelectuales como son los que le produce la literatura. Y este placer uno de los mas nobles, de los mas elevados ¿no habia de estar bendecido y santificado por la religion?»

Despues de haber esplanado algun tanto en qué consiste y los efectos que produce la pintura: «Ahora bien, continuó, lo que hace la pintura por medio del claro y oscuro, por medio de líneas y colores, hácelo tambien la literatura por medio de palabras y frases que traducen nuestras ideas y declaran cuanto pasa en nuestro interior. Las muchas analogías ó semejanzas que existen entre estas dos manifestaciones del arte, hacen que las observaciones aplicadas á una de ellas no sean perdidas respecto de la otra. Creo por lo mismo que hablando de aquella que es mas material y visible, habré podido infundiros una idea general de lo que es la otra que está mas fuera de los sentidos y ofrece mayores dificultades para comprenderla y definirla. Las diversas ramas de la literatura son como los diferentes géneros de pintura, porque al cabo y al fin una composicion literaria no viene á ser mas que una serie mas ó menos larga de pinturas, que tales son las descripciones de sucesos, paisajes, caracteres y pasiones. De una y otra el principal objeto es el hombre, y su principal mérito consiste en la idealizacion de los personajes que han escogido por asunto.»

«Si yo tuviese alas bastante fuertes para remontarme hasta las consideraciones que inspira la belleza absoluta é infinita que es Dios, supremo creador del universo, descendería despues á la consideración de la belleza relativa y finita que es el objeto primordial del arte. Distintas pero muy parecidas manifestaciones de este arte, de esta emanación de la divinidad, de esta imitación de su poder creador, son la pintura y la literatura, á cuya identidad de origen se reúne la identidad de los fines que se proponen, á saber el reproducir y comunicar la belleza ideal, aquella haciendola entrar por los ojos, y esta por medio de la voz ó de la escritura. Es decir que las dos parten de un mismo sitio y deben juntarse en otro, aunque vayan allá por diferente camino. Y es que para realizar su objeto ni se sirven del mismo método, ni manejan los mismos instrumentos, sin que esa variedad de efectos contradiga á la unidad de la causa. Figurémonos que se trata de erigir una cruz en medio de un cementerio, y que la encargan á un fundidor para que la fabrique de hierro colado, ó bien á un escultor para que la construya de piedra de *Santañi*; los materiales, las herramientas, los medios de que se valdrian estos artistas serian diversos, pero idénticos el asunto y las impresiones que habia de producir la cruz. La pintura y la literatura son obra de las facultades de nuestro espíritu y con toda especialidad del sentimiento y de la imaginación: ambas se adquieren y perfeccionan con el estudio, la práctica y el gusto, ambas se valen de los contrastes para dar mayor realce á sus efectos, aspiran á la belleza ideal y no se contentan con la pura imitación sino que tienden á la idealización de la naturaleza, ambas se esfuerzan en producir un placer intelectual digno del hombre, placer del cual la religion no le pide el sacrificio mientras no sea de aquellos que por condiciones indebidas le esponen á perder las fruiciones eternas de su destino inmortal.»

Prosiguiendo este paralelo hizo notar algunas ventajas de la literatura por no estar sujeta á ciertas condiciones que restringen los medios y los efectos de la pintura, y terminó diciendo:

«Pues si entre la pintura y la literatura se encuentran tantos puntos de semejanza, ¿cómo podríais imaginar que cabalmente discrepasen en un punto de la mayor importancia, en el de su conformidad para escitar ó para recibir la influencia del sentimiento religioso? Del predominio de la religion sobre la pintura, de la inmensa vida que le diera, de las indisputables glorias que le ha proporcionado, de los grandes servicios que de ella ha recibido, no os cabe ni la menor sombra de duda. Vosotros entráis en los templos y veis sobre los altares las imágenes de los bienaventurados que están gozando de Dios, de la santísima Virgen, de Jesucristo nuestro redentor, y las veis allí y colgadas de las paredes de vuestras casas y á la cabecera de vuestro lecho, y las venerais y os arrodillais delante de ellas, y levantando el pensamiento hácia aquellos á quienes

representan, implorais su poderosa intercesion. La Iglesia sabe muy bien que nosotros sus hijos no somos seres puramente espirituales, y por lo mismo se vale de medios sensibles para avivar nuestra fe, para escitar nuestra piedad, para exhortarnos á la práctica de todas las virtudes. Y esta manera de obrar es tan filosófica, tan fundada en la esperiencia, tan apropiada á las necesidades de la naturaleza humana, que en vano la combate el racionalismo con insensatas declamaciones. ¿Quién no se siente mas fuerte teniendo á la vista la fortaleza de los mártires desplegada en medio de tormentos horrosos, mas dispuesto á la mortificación viendo las facciones demacradas de tantos ilustres penitentes, mas amigo de la pureza en presencia de tantas heroínas de la castidad? quién no se siente mas cristiano contemplando á Jesucristo que por nuestro amor espira en la cruz? Pues todas estas escenas de horror y de sangre que son otros tantos testimonios irrecusables de la verdad de nuestras creencias, todas estas portentosas austeridades consumadas en la soledad del desierto ó del claustro, tantos y tan generosos sacrificios para alcanzar ó para conservar la corona de la virginidad, tantos y tan admirables ejemplos de perfección cristiana, todo puede ser celebrado en prosa ó verso, descrito con frases enérgicas ó penetrantes, puesto en relieve de mil maneras ingeniosas; todo puede ser asunto de la literatura y producir impresiones semejantes á las que ha producido por medio de la pintura.

«Y en todo esto se ha ocupado ya la literatura, como os lo diré tal vez mas adelante si la ocasion se presenta, aunque no lo haya hecho con el talento y acierto que tales asuntos requerian. La pintura y la literatura están intimamente ligadas con la religion: ambas son hijas del cristianismo. De una y de otra pudieran reunirse los atributos que los simbolizan y formar con ellos un trofeo alegórico que sirviese de pedestal á una cruz.»

Terminado el discurso del Sr. Aguiló, un socio recién admitido D. Pedro José Literas se ofreció á dar gratuita enseñanza de aritmética y álgebra y de geometría y trigonometría, ambas clases en dias alternados, por via de repaso á los escolares y en utilidad de todo socio que quiera inscribirse en la secretaría de la asociación; y caso de que en el edificio de esta faltase local para dicha escuela, anunció que la tendria en su casa cuesta Nueva de Santo Domingo n. 35, 1°. El auditorio aplaudió como era justo tan generoso ofrecimiento.

Hoy disertará sobre la *infalibilidad de la Iglesia* D. Juan Mañá Pro.

El miércoles 30 dará la quinta conferencia en san Cayetano el Sr. Martorell Pro. tratando del ser sobrenatural considerado en el alma, en Dios, en la Iglesia.

## CRÓNICA DEL CONCILIO.

## CONGREGACIONES GENERALES.

El concilio ha reanudado sus sesiones en la sala conciliar del Vaticano, celebrando su xxx congregacion general, el viernes 18 á la hora de costumbre, esto es, á las nueve de la mañana.

Se habian adoptado nuevas disposiciones para el arreglo y distribucion de la sala y se asignaron nuevos asientos á varios obispos. La misa no pudo empezar por esta razon hasta las nueve y media: fué celebrada por el señor arzobispo de Argel.

De pié todos los padres, el cardenal de Angelis, decano de los presidentes, recitó la oracion *Adsumus domine Sancte Spiritus*. Luego anunció que un obispo del Brasil habia pedido ser dispensado de asistir á las congregaciones, y que otros nueve obispos cinco de los Estados-Unidos, solicitaban del concilio licencia para volver á sus diócesis. Habiendo dado dictámen favorable la comision de excusas, el concilio dió la autorizacion pedida.

El primado de Hungría reverendo señor Simor, arzobispo de Strigonia ó Gran, hizo al concilio una reseña de los trabajos de la comision de *Fide*.

El cardenal presidente concedió la palabra á los padres que se habian inscrito para hablar sobre el *schema* revisado de *Fide*, distribuido últimamente á los padres.

Hablaron sucesivamente los reverendos Sres. Tizzani arzobispo de Nisibe, Spaccapietra arzobispo de Smirna, Moreno obispo de Joréa.

El cardenal de Angelis auunció la congregacion siguiente para el martes 22, y levantó la sesion.

Eran las doce menos cuarto.

La sesion fué un poco mas corta que de costumbre, porque el papa tenia que ir, como vá todos los viernes de marzo, á la basilica de San Pedro á ganar las indulgencias de la estacion. A medio dia, en efecto, los cardenales fueron á recibir al papa á la capilla de la *Pieta*, y le acompañaron al altar del santísimo Sacramento y al sepulcro del principe de los apóstoles, donde estaban ya arredillados muchos obispos. La muchedumbre de fieles era inmensa. El aspecto del papa era de escelente salud; y con la sonrisa en los labios pasó entre la multitud, bendiciéndola con toda la efusion de su alma, como lo hace siempre.

El *Francais* hace la siguiente declaracion:

«Ciertos periódicos desnaturalizan singularmente la importancia del despacho del conde Darú (el que ha enviado á Roma.) En este despacho no se trata absolutamente nada del dogma de la infalibilidad. Se escribió con ocasion de un *schema* que le pareció al ministerio que tocaba la cuestion de relaciones de la Iglesia y el estado. Solo entonces fué cuando pidió hacerse oír en el concilio. El *Journal des Debats* estaba pues equivocado cuando ayer echaba en cara al gobierno que se enredaba en una cuestion dogmática, en lugar de intervenir solamente en las cuestiones tratadas en el *Syllabus*.

Varios periódicos han mezclado tambien á estas negociaciones la cuestion de la retirada de nuestras tropas. Este es otro error. Nuestras tropas están en Civita-Vecchia con un objeto político y para defender el derecho de gentes. Las cuestiones puramente religiosas suscitadas por las deliberaciones del concilio, son de otro orden de ideas muy diferente. No las mezclamos pues, y nosotros no dudamos que nuestras tropas permanecerán en Civita-Vecchia todo lo que sea necesario para cumplir el designio con que han sido enviados.

*L'Unitá Cattolica* dice: «Cartas importantísimas que recibimos de Roma nos permiten dar un solemne mentís á un telegrama de Paris que habla de una suspension posible del concilio. En Roma jamás se ha pensado en esto. Pio IX, que ha consagrado á los padres del concilio, quiere que se cumpla la obra para la cual fueron reunidos.

La fuerza únicamente podria suspender el concilio, y hasta ahora nadie á intentado emplearla. La suspension de las congregaciones es una consecuencia natural del reglamento. Los padres del concilio continúan sus trabajos, emitiendo por escrito sus observaciones sobre el *schema de ecclesia* que se les acaba de distribuir. Es imposible que escriban y hablen al mismo tiempo. Por lo demás, los *Indices excusationum* son muy severos en el exámen de las peticiones para salir de Roma, y Pio IX ha tomado sabiamente las medidas oportunas para que no falten los santos óleos en las diócesis durante la ausencia de sus obispos.»

Un telegrama de Roma dice que el marques de Banneville salió el 18 con licencia por ocho dias.

Leemos en el *Observatore catholico* de Milan, del 15 de marzo:

«El reverendo Sr. David obispo de Saint-Briene, hizo saber al papa que le pesaba haber escrito la carta al padre Gratry, y que deseaba manifestar personalmente su disgusto á su santidad. Pio IX le recibió ayer con su reconocida bondad. Es probable que el reverendo Sr. David dé pronto una prueba pública del disgusto que le causa una carta escrita en un momento de impremeditacion y publicada contra su voluntad. La obra de Dios se manifiesta cada vez mas.

Al recibir el papa á los sacerdotes encargados de predicar la cuaresma en Roma, pronunció la siguiente alocucion que trasmite un corresponsal del *Univers*:

«Hace veinticuatro años que tengo el placer de bendecir á los reverendos párrocos de Roma y á los varones apostólicos encargados de predicar la cuaresma. De estos veinticuatro años hay que exceptuar sin embargo los de 1849 y 50, durante los cuales, por razones que os son bien conocidas y que el mundo no ignora, nos tuvimos que soportar las tribulaciones del destierro.

Los tiempos en que sois llamados á espresar la palabra de Dios son críticos y las circunstancias solemnes. Numerosas causas de agitacion trastornan el mundo y turban el sentido moral de los pueblos, por una consecuencia inevitable del desprecio de nuestra santa religion, de sus saludables enseñanzas y de su espíritu de caridad. Una de las causas mas considerables es el lujo que invade todas las clases sociales, de tal manera que casi nadie se mantiene hoy en la reserva natural á las diversas situaciones en que Dios ha colocado á los hombres.

Yo recuerdo que siendo jóven todavía, leí en un economista italiano la apologia del lujo, en cuanto da aliento á las artes y emulacion á la industria. Parecíame que habia en esto algo de verdad y una cosa que no debia desdeñarse; es decir, que relativamente al orden gerárquico de las diversas condiciones sociales, los que verdaderamente tienen supérfluo deben servirse de ello con discernimiento, en bien de la civilizacion material y de las clases industriales, procurando darles lo necesario. Pero no es cosa fácil distinguir lo necesario y lo supérfluo; y además, los tiempos han cambiado mucho, y es grande la diferencia entre esta época y aquella en que yo leí esto.

Hoy el mundo está invadido por una falsa idea de igualdad, la cual por odio al orden social no solo combate el respeto y la sumision impuestos á los inferiores respecto á sus superiores, sino que quiere suprimir la moralidad y la temperancia de la vida, esto es, lo que fué en todos los tiempos la doble garantia de la moral privada y del orden público.

Todo el mundo ambiciona hoy parecer ó ser mas de lo que es; y este exceso del orgullo humano, unido á un amor desarreglado de los gozes materiales, es la causa de tantos desórdenes y corrupcion como vemos, así en la vida privada como en la pública. Es necesario pues combatir abiertamente este enemigo de la paz y de las virtudes cristianas, y para ello debeis esparcir en el alma del pueblo la santa humildad, fundamento de toda virtud.

En verdad teneis en Roma, Dios sea bendito, un pueblo que está en su inmensa mayoria instruido en el temor del Señor, y yo espero que vuestra predicacion alentará y afir-

mará su firme deseo de seguir las reglas de la honestidad y la prudencia, que son propias á una grey verdaderamente cristiana. Espero que añadiréis el ejemplo á la palabra, no solo en el ejercicio de las virtudes privadas que deben distinguir al sacerdote católico, sino tambien muy especialmente en todo lo que se refiere al ejercicio público de los deberes del santo ministerio.

Tened siempre presentes las palabras de san Gregorio el Grande en su tratado del *Ministerio pastoral*, donde dice que el sacerdote debe ser *in cogitatione mundus*, es decir, de sincero corazón y espíritu recto; *in actione precipuus*, es decir, atento y exacto en el cumplimiento de sus altos deberes; *in silentio discretus*, *in verbo utilis*, *in meditatione suspensus*. Comenzad, sobre todas las cosas, con recogeros ante Dios, á fin de templar vuestras armas para el combate en la oración y meditación. Preparad vuestro espíritu, disponedlo en este ejercicio como un campeón de la verdad, para que no se os pueda aplicar esta queja del rey-profeta: *Non est qui recogitet corde*.

Procurad tambien desechar toda palabra inútil, para no decir nada que no importe á la gloria de Dios. Predicad verdadera y únicamente á Jesucristo, á Jesus crucificado. Tened presente en vuestro espíritu esta regla de prudencia: *Tempus est tacendi et tempus locuendi*; pero no, no creais por esto que sea preciso seguir las insinuaciones de la prudencia carnal. Porque vivimos en una época en que es mas necesario que nunca dar testimonio de la verdad, proclamándola valerosamente á todas horas, en todo lugar, toda entera. Hoy, como siempre, el divino espíritu será vuestra guía en esta senda dificultosa.

Y ahora, mis queridos hijos, reflexionando en estas exhortaciones que os dirijo, no puedo hacerlo sin preguntarme y decir con el mismo san Gregorio. Yo ¿doy verdaderamente el ejemplo de las virtudes que predico? Oremos á Dios para que nos conceda su gracia, y que él os bendiga como yo os bendigo en su santísimo nombre.

*Benedictio Dei etc.*

#### MUERTE DEL CONDE DE MONTALEMBERT.

El *Univers* viene enlutado por la muerte del conde de Montalembert. Al frente del número dice lo siguiente, que honra al difunto y no menos al periódico que sobre su tumba ha sabido deponer las disensiones harto acerbas que con el ilustre escritor y con su escuela sin tregua ha mantenido.

«Tenemos que dar á nuestros lectores la dolorosa noticia de la muerte del conde de Montalembert. Ellos comprenderán nuestra pena, nuestro estupor, y no se estrañarán de que falten palabras á nuestro sentimiento.

Este suceso tan cruel para todos los católicos, ha sido anunciado á la congregacion de los padres de familia, reunida en una de las capillas de la calle de Sevres. Cuando despues de la bendicion de la misa, el reverendo padre Olivaint anunció que acababa de recibir la noticia de la muerte del señor de Montalembert, una especie de grito contenido apenas por la presencia del santísimo Sacramento salió de todos los corazones. El reverendo padre rezó el *De profundis*. La emocion de todos era indecible. Esta muerte, prevista é inminente desde hace tiempo, ha sido un golpe terrible.

Montalembert ha sido, de todos los seglares de la época, el que ha hecho mas grandes y distinguidos servicios á la Iglesia. Ninguno de nuestros lectores lo olvidará, y todos encomendarán con el mayor fervor al tribunal de la misericordia de Dios el alma de este valiente campeón de la Iglesia, que ha hecho tantos servicios á su causa.

El señor conde Carlos Forbes de Tyron de Montalembert nació en Londres el 29 de mayo de 1810.—R. I. P.

El conde de Montalembert padecía desde cuatro años una enfermedad implacable que á pesar de su carácter incurable no dejaba sin embargo prever un fin tan rápido y tan brusco. Si el cuerpo estaba debilitado, la inteligencia habia conservado todo su vigor y el alma tenia toda su entereza. De ocho dias acá el enfermo habia experimentado varias crisis; mas parecia haberlas vencido.

El sábado pasó la velada en compañía de su familia, y su aspecto y la vivacidad de su conversacion esquivaban todo presentimiento fatal.

Escribió de puño propio algunas cartas. La noche la pasó con mas sosiego que alguna de las anteriores, y el domingo por la mañana al despertarse, se encontraba tan bien que rehusó los medicamentos que le presentó la hermana enfermera. «Mil gracias, dijo, he pasado bien la noche.» Pidió que se le sirviese el desayuno, pero algunos momentos despues se llevó las manos al pecho y exclamó: «¡Ah! mi buena hermana, ¡cuánto sufro!»

La hermana recitó entonces el acto de contrición, al que pareció asociarse, y luego quedó sin conocimiento. El párroco de santo Tomás de Aquino, llamado á toda prisa, le administró los últimos sacramentos, pero el ilustre enfermo no recobró su conocimiento. La crisis habia sido tan fulminante que no le permitió dar la postrera bendición á sus hijos.

En tres cuartos de hora todo habia concluido.

El cadáver ha estado espuesto en el pequeño lecho de hierro en que el ilustre orador habia exhalado el último suspiro. Tenia las manos plegadas y un crucifijo en el pecho. Su rostro causaba la impresion de la tranquilidad y la majestad.

Se han sacado fotografías del ilustre difunto, y un escultor se ocupa en modelar sus facciones.

El conde de Montalembert ha conquistado una gloria que no perecerá, y que cuatro años de un martirio sufrido heroicamente han completado y como depurado para siempre.

La ciudad de Paris lamenta con dolor la pérdida del eminente escritor, del orador insigne, del católico fervoroso, del hombre ilustre que es una de las mayores glorias del siglo XIX.

Pocas horas despues de su fallecimiento, el orador de Nuestra Señora de Paris, el célebre P. Félix daba noticia desde el púlpito de esta gran desgracia, haciendo palpar todos los corazones. «Siento, decia el elocuente jesuita, venir á echar una inmensa tristeza en vuestras almas; pero juzgo mi deber el daros desde aquí esta dolorosa noticia yo que pertenezco á esta compañía de Jesus, á la cual él llamaba su cliente. Acabo de saber que esta mañana ha fallecido el conde de Montalembert.» La emocion que produjeron estas palabras del P. Félix es indescriptible. El mismo orador tuvo que guardar silencio por algunos momentos. Luego añadió: «No, la Iglesia no es ingrata; la Iglesia se acordará de Montalembert que ha sabido defenderla tan bizarramente, de Montalembert que la llamaba su madre.»

El papa mandó celebrar exequias por el alma del conde de Montalembert en la iglesia de Santa María Transpontina. Su santidad asistió desde una tribuna. Tuvimos por una indigna calumnia lanzada ó contra el sumo pontífice ó contra el difunto el parte de no sé que agencia, de que el funeral organizado por Mr. de Merode y en el cual debia officiar el obispo de Orleans habia sido prohibido por el papa como una manifestacion hostil. Y que haya periódicos católicos que esto reproduzcan de buena fe!

## JUAN COLOM,

DISCURSO HISTÓRICO SOBRE LA GERMANIA DE MALLORCA.

leído en la Asociación de Católicos el día 6 de febrero

y traducido del mallorquin al castellano

POR JOSÉ MARÍA QUADRADO ARCHIVERO DEL REINO DE MALLORCA,

### Y RESPUESTA

á los artículos de periódico y al folleto del Sr. Peña

publicados sobre el mismo asunto.

Véndese en esta librería á 2 reales.

PALMA.—Imprenta de Guasp.